

JÓVENES DESOCUPADOS/PIQUETEROS: NUEVAS EXPERIENCIAS DE PARTICIPACIÓN EN LA ARGENTINA DEL SIGLO XXI

Otero, Analía Elisabeth¹

Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales

Sede Académica Argentina

aotero@flacso.org.ar,

aotero14@gmail.com

Material original autorizado para su primera publicación en la revista académica hologramatica

RESUMEN:

El presente artículo propone analizar el esquema de representaciones socialesⁱ elaboradas por un grupo de jóvenesⁱⁱ inscriptos en una experiencia cuestionadora del poder socio-político en la argentina de principios del siglo XXI. Más específicamente el texto, focaliza tanto en sus trayectorias de adscripción como en sus representaciones en torno al trabajo en cruce con las prácticas desarrolladas al interior del espacio colectivo, a partir del caso particular del Movimiento de Trabajadores Desocupados de Lanús.

Desde una perspectiva histórica, dichas experiencias, se gestan en el escenario de los años noventa donde presenciamos la consolidación de un régimen de acumulación destacado por

¹ **Analía Elisabeth Otero:** Licenciada en Sociología de la Universidad de Buenos Aires, Facultad de Ciencias Sociales (2000). Magíster en Diseño y Gestión en Políticas y Programas Sociales de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, Sede Académica Argentina (2006). Recientemente Doctora en Ciencias Sociales (2009) en la misma sede; FLACSO-Argentina.

Actualmente es investigadora del CONICET y del Programa de Investigaciones sobre Juventud de la Flacso. Este último ha sido su espacio académico y laboral desde 1999 hasta la fecha. A lo largo de su desempeño como profesional los principales abordajes de investigación realizados se han focalizado en las áreas de educación y trabajo/empleo, participación juvenil, y políticas de juventud, trayectorias y transiciones juveniles.

la implementación de un conjunto de políticas de corte neoliberal, que profundizaron las históricas tendencias en torno a la desigualdad en la distribución del ingreso, ante un palpable deterioro del mercado laboral. Terreno sobre el cual nuevos movimientos sociales cobraron protagonismo como vehículos capaces de procesar el conflicto social.

Para el desarrollo de la investigación se adoptó la utilización de una perspectiva cualitativa, que incluyó un periodo de trabajo de campo durante el cual se efectuaron, entre otras, observaciones y entrevistas recurrentes a las y los jóvenes que conformaron la muestra no representativa e intencional. Tras el análisis del material se destaca, entre otros, las estrechas conexiones de complementariedad entre la adscripción de estos jóvenes participantes en los espacios flexibles que constituían el cotidiano de la propuesta.

Palabras clave: Juventud, participación juvenil, nuevos movimientos sociales.

ABSTRACT:

UNOCCUPIED YOUNG/ PIQUETEROS: NEW PARTICIPATION EXPERIENCES IN THE ARGENTINA OF THE 21ST CENTURY

This article seeks to analyze the social representation scheme developed by a group of young people enrolled in a questionable experience socio-political power in Argentina in the early twenty-first century. More specifically the text, both in their careers focused on secondment as in its representations about the work and the practices developed within the collective space, reflected on his role as political subjects from the case of the Unemployed Workers Movement of Lanus.

From a historical perspective, these experiences are born in the Argentine context of the '90s, where we witness the consolidation of a prominent accumulation regime by implementing a set of neoliberal policies that deepened the historical trends around the inequality in income distribution, but also led to growth of poverty and a deteriorating labor market palpable. Land on which new social movements gained prominence as vehicles capable of processing social conflict.

For the development of research adopted the use of a qualitative perspective, which included a fieldwork period during which were made, including observations and interviews applicants to youth and formed the non-representative sample and intentional.

After analyzing the wealth of material, stands out among others, the close connections of complementarity between the attachment of these young people participating in flexible spaces that constitute the routine of proposals offered by this new social movement.

Keywords: Youth, youth participation, social movements, social representations

Introducción

Tanto el descrédito en el sistema político partidario tradicional como los cambios en el modelo de funcionamiento económico, han sido dos elementos claves en la fisonomía que presentó el contexto argentino desde fines del siglo pasado y principios del presente. Ambas cuestiones han sido materia central de múltiples y variadas investigaciones; abordándolas desde diversos campos y perspectivas.

Desde las ciencias sociales, el mercado de trabajo y el sistema partidario fueron considerados como tópicos constitutivos de la sociedad moderna; por lo cual las transformaciones y el “deterioro” dados en ambos, estímulo con creces el estudio sobre las relaciones sociales emergentes. En el escenario nacional, devinieron debates que ocuparon el primer plano dentro de las problemáticas sociales. Pero también, fueron los ejes que hegemonizaron la discusión a cerca del devenir de nuestras sociedades, ante un mundo sujeto a intensos procesos de transición y con horizontes poco predecibles.

La desocupación como expresión extrema de las transformaciones en la estructura del mercado de trabajo, fue instalándose como un rasgo sobresaliente a la hora de señalar los problemas de integración social de los jóvenes de hoy. Impactando, sobre todo en aquellos de sectores populares donde la profundización de condiciones estructurales desfavorables afectó con mayor crudeza. Hechos que renovaron un interrogante central sobre el tipo de orden social actual y futuro, y el lugar de las nuevas generaciones en el mismo (Otero, 2003).

Paralelamente, a fines del siglo XX dentro del marco nacional y también en la dinámica social y política latinoamericana, presenciamos la acentuación de manifestaciones de descontento social, la aparición de nuevos movimientos sociales y la cada vez mayor visibilización de acciones colectivas con múltiples formas, que fueron cobrando relevancia.

Nuestro interés aquí no se circunscribe a indagar sobre una de estas formas de expresión del conflicto social sino que se orienta fundamentalmente en reflexionar sobre la adscripción y participación de jóvenes en estas experiencias tan particulares. Hecho que cobra aún mayor sustento tomando en cuenta que una característica de los movimientos sociales –en las sociedades pos-industriales- es que presentan un alto componente juvenil.

En este sentido, la evidencia que emerge en nuestro territorio es que ciertos jóvenes -sin inferir generalizaciones-, participan en nuevos movimientos sociales, aún sin ser estos productos exclusivos de su autoría o condición autónoma. Ciertamente, lo hacen en un contexto claramente diferente al de décadas anteriores con estilos y formas que también han variado. Desde allí profundizamos en esta relación, específicamente en el modo en que se articulan los campos de análisis de la condición juvenil y la acción colectiva. Ambos pueden devenir en objetos de estudio diferenciados, pero en la cotidianeidad se confunden y superponen.

Asimismo, estimando el ascenso de la conflictividad social argentina como dato característico de principios de la década actual, es significativo indagar en espacios de construcción colectiva que no se agotan sólo en el terreno de la confrontación, sino que por sus métodos de organización y trabajo territorial, dan cuenta de un fenómeno complejo en gestación. Entendemos que uno de estos casos es el movimiento explorado MTD de Lanús, arraigado en una zona del Conurbano Bonaerense.ⁱⁱⁱ

En este texto, en un primer apartado, proponemos un breve recorrido por aportes teóricos relacionados con la discusión sobre movimientos sociales y participación juvenil. En el segundo describiremos sucintamente el contexto histórico nacional hacia fines del siglo veinte y principios del actual. Luego, avanzamos sobre la génesis y forma de organización interna del movimiento. En los restantes apartados, -partiendo de tomar en cuenta el corte cualitativo de la estrategia metodológica; destacando que la muestra quedó conformada por 12 jóvenes -5 son mujeres y 7 varones- participantes del MTD de Lanús que desempeñaban alguna tarea en los grupos productivos/comunitarios del colectivo-, se delinean los principales hallazgos del trabajo de campo. Finalmente un último espacio esta destinado a

ofrecer una serie de reflexiones centrales en torno a la temática de estas innovadoras y contemporáneas experiencias juveniles.

Participación Juvenil y Acción Colectiva

Ya a estas alturas predomina relativo consenso en el campo de las ciencias sociales a la hora de advertir que la relación entre los procesos económicos, formas políticas y pautas culturales, anuncia nuevos retos en el terreno de las investigaciones en juventud. Sobre todo, ante las profundas transformaciones en los canales tradicionales de integración social (familia, escuela, trabajo) y frente a la desarticulación de las vías tradicionales de participación política.

Conjuntamente la cuestión de la participación juvenil, va cobrando un espacio cada vez más notorio. En este sentido, en el territorio Latinoamericano el debate acerca de la condición juvenil y la acción colectiva se renueva a la luz del ascenso de la conflictividad social y la notable adscripción de jóvenes como participantes. En entrecruce con ello, parte de los especialistas que abordan la temática, señalan la “apatía” y el rechazo juvenil hacia acciones colectivas (Sidicaro y Tenti Fanfani, 1998: 20). Mientras que otros autores insisten en la prioridad de fomentar la participación de los jóvenes como hecho vital para el desarrollo de nuestras sociedades (Rodríguez, 2004).

Reflexionando sobre la retracción en la participación juvenil y la ausencia del ejercicio de la ciudadanía juvenil se resalta una distinción analítica en relación a la clasificación de dos dimensiones: una remite a la ciudadanía política, en relación con los derechos de participar como votante o mediante la práctica política activa. Otra, ciudadanía social, asociada al derecho de gozar de un estándar mínimo de vida, de bienestar y seguridad económica. Entre ambos existe una tensión que afecta sobre todo al sector marginado socialmente. (Sandoval, 2000;).

Es justamente sobre esta tensión que emerge la forma de participación propia del MTD articulando como base de sus demandas reivindicaciones vinculadas con ambas. En gran mayoría los jóvenes integrantes del movimiento forman parte de aquel sector

prioritariamente afectado por los cambios estructurales, pero en ellos antes que la retracción encontramos una manera de participación viabilizada a través de su integración en este colectivo.

Ahora bien, como mencionáramos, nuevas formas de acción colectiva han cobrado importancia singular y la temática de los movimientos sociales ha inspirado variadas interpretaciones. Un aporte central, al que adherimos, es el de Melucci, A. (1994) quien define a los movimientos como formas de acción colectiva que apelan a la solidaridad, explicitando un conflicto social y operando como signos desafiantes-reveladores de la irracionalidad y parcialidad del sistema de códigos culturales dominantes.

Pero, ¿qué hay de los modos de participación que se van gestando al interior? Pues, también en cuanto a las variaciones en las formas de participación actual caben múltiples lecturas, traducción de cambios, rupturas y continuidades. Es en este sentido que Lesli Serna, (1998) ha formulado el desarrollo de un nuevo paradigma de participación juvenil, encontrando un paralelismo entre las características de los nuevos movimientos sociales y formas actuales de intervención juvenil, sugiriendo el predominio de dimensiones novedosas en la orientación de las identidades y modos de actuar.

Sostiene una serie de cuestiones que alimentan las causas de la movilización actual y que al mismo tiempo disrupen en el escenario como fisuras respecto a las formas antecedentes típicas de participación. Entre estas características distintivas menciona, que las causas ya no giran exclusivamente en torno a códigos socio-económicos e ideológico-políticos, sino que incluyen temáticas tan diversas como la defensa ambiental, etc. También se destacan porque la lucha es por aquella reivindicación próxima/fundamental, donde prima la acción en espacios de la vida cotidiana y frente a interlocutores inmediatos por la obtención de logros instantáneos. Además, en estas formas de participación se acentúa el reconocimiento por la heterogeneidad de modo que la ubicación de los integrantes se asienta sobre las diferencias individuales. Las estructuras verticalistas como la anulación de las particularidades en pos de la constitución de un colectivo masificado no adquieren prioridad. Asimismo se acentúa la preponderancia de la participación a través de

pequeños colectivos y grupos con formas de organización poco institucionalizadas, donde las modalidades horizontales como las redes informales, flexibles y transitorias, prevalecen.

Estrictamente, el carácter de esta clasificación da cuenta sólo en parte de la descripción del fenómeno del caso bajo estudio. Si bien, ciertos rasgos enunciados están presentes, este movimiento no surge ligado a una acción exclusivamente juvenil y contiene como componente fundamental reivindicaciones sobre aspectos económicos-políticos. Justamente en este elemento radica la tensión de asimilarlo plenamente con categorías donde dichas demandas no ocupan el primer plano. Reconocer la primacía de tales reivindicaciones no implica desconocer que al igual que toda acción colectiva obedece a gestaciones complejas y su abordaje debe incluir dimensiones que no sólo lo reduzcan a una respuesta ante la crisis o desintegración social. (Otero, 2003).

Por ello, la tarea de nuestra investigación profundiza en el conocimiento sobre las trayectorias, adscripciones, y producciones simbólicas de un grupo de participantes; asumiendo que dichas producciones colaboran en la conformación de identidades individuales y colectivas.

Un país en conflicto

La crisis económica política y social que presenciamos en Argentina a inicios de esta década fue un fenómeno producto de transformaciones que se venían gestando en nuestra sociedad a la par de la implementación de un modelo con una orientación tendiente a la concentración del poder político y el capital económico. De acuerdo con diversos expertos, en los noventa asistimos a una acentuación del conflicto asociado a la consolidación de un régimen de acumulación iniciado a mediados de los setenta que implicó concentración de la riqueza, descapitalización del Estado y fuerte endeudamiento externo (Basualdo, E.: 2000; Schuster, F.: 2001).

Asimismo, las respuestas de corte neoliberal reforzaron el proceso de fragmentación social, con la aplicación de medidas de ajuste estructural como: la apertura del mercado, la

privatización de las empresas públicas y la flexibilización de los contratos de trabajo, cuyos resultados contribuyeron al deterioro de las condiciones de vida de gran parte de la población. Entre otros, la reestructuración del mercado de trabajo, visible en el aumento sostenido de la tasa de desocupación, precarización, e informalidad, conforman procesos que impactaron fuertemente y los jóvenes han sido y son uno de los sectores notoriamente afectados por la crisis del empleo y las transformaciones económicas. (Jacinto, C.: 1996).

En el ámbito político, sí bien el pasaje de regímenes dictatoriales hacia la instalación de formas democráticas de gobierno logró consolidarse (desde principios del ochenta) resultaba cada vez más evidente el deterioro de mediaciones político institucionales, atravesadas por una fuerte crisis de representación, entendida como escisión entre representantes-representados.

Paralelamente a la declinación del modelo tradicional de representación política, fueron adquiriendo preeminencia diferentes modalidades de participación y formas de procesamiento de la conflictividad, que interpelaban a un Estado cada vez más subordinado a la lógica del mercado y cuya legitimidad resultó cuestionada severamente. Es que si bien, el soporte rector de la democracia esta dado por una igualdad política formal, la desigualdad económica planteó un elemento conflictivo, expuesto en primer plano cuando la desocupación comenzó a extenderse.^{iv}

La protesta social fue cobrando relevancia como recurso político y la manera en qué dicho conflicto se plasmó en el plano material también experimentaba transformaciones. En este sentido, los sucesos acontecidos en las últimas décadas dan cuenta del surgimiento de nuevos actores portadores de múltiples demandas de impugnación al modelo. En cuanto a las formas de acción, cabe destacar, por ejemplo, que los saqueos, cacerolazos y cortes de ruta no respondían a una misma lógica, pero todos conformaban signos de descontento social en alza. Distintos autores, señalaron diferencias y similitudes entre tradicionales (huelgas) y novedosas (estallidos, cortes de ruta) formas de protestas (Iñigo Carrera, N. y Cotarelo, M.: 2000; Schuster, F.: 2001).^v

Los cortes de ruta, emblema del MTD “piqueteros”^{vi}, eran la forma que asumía relevancia en los modos de la protesta de gran parte de los movimientos sociales desde fines de los noventa. Los movimientos piqueteros, habiendo surgido de un proceso iniciado en el interior del país cobraron creciente popularidad. Popularidad que luego fue menguando al calor de un nuevo período político y económico iniciado desde 2003.

En el caso del MTD de Lanús, si bien la protesta era la manifestación más visible de la lucha, sólo se correspondía con un momento acotado, parte de la construcción de un movimiento mucho más complejo y profundo que se desplegaba en tiempos y espacios cotidianos; y generaba múltiples instancias de participación que constitúan nuevas formas de organización y construcción territorial. Ciertamente, un movimiento de desocupados era y es una experiencia con ribetes particulares, dado que el conflicto articulador por excelencia en la larga historia de la modernidad ha estado asociado con la figura del trabajador, figura que el MTD reivindica como eje central origen de disputa y profunda tensión, retomando además las figuras políticas que han encabezado la lucha de América Latina contra el capitalismo.

A partir de allí, cobra notoriedad el peso que representa la crisis socio-cultural “del trabajo” en la definición de la crisis capitalista actual. En particular cómo es práctica y simbólicamente resignificada por los jóvenes, elemento que agrega una notoria centralidad a las exploraciones de este tipo.

Perfil del Movimiento de Trabajadores Desocupados de Lanús

Este movimiento surge en 1998^{vii}, ubicado geográficamente en una zona donde históricamente las redes del entramado barrial (Monte Chingolo) se entrelazan con el funcionamiento de prácticas partidarias. No obstante, el desprestigio y la inconformidad con el desarrollo de políticas sociales implementadas desde el nivel municipal mediante los “punteros barriales” cobran impulso en los noventa. Junto con la problemática del desempleo, las irregularidades en la adjudicación de terrenos fiscales constituyeron antecedentes centrales.

En un primer momento de gestación, el grupo acompañaba el ascenso de la conflictividad con su presencia en los “cortes de ruta” originados en la zona sur efectuados por MTD de otras localidades cercanas como Solano, Varela, etc. Posteriormente, organizan una “Comisión de Desocupados” y tras la puesta en marcha del mecanismo asambleario, entablan demandas por la obtención de puestos de trabajo a través de un “piquete”, medida aplacada por el municipio con la entrega de subsidios mensuales que, como contraparte, contemplaban la asignación de una tarea estipulada por el mismo organismo. Vínculo que se altera luego, con la “autonomía” en el manejo de los tales planes; conquistada en paralelo a las nuevas orientaciones de la política social establecida por el Gobierno Nacional. Orientación que consistió básicamente en la presentación de proyectos por parte de los movimiento para la obtención de subsidios sociales a sus integrantes. Desde entonces, la obtención de planes requirió la conformación de un instrumento legal: la constitución de una ONG. Tras ese quiebre, tanto la coordinación como la formación de grupos de trabajo dependieron de la articulación al interior del mismo colectivo.

Este movimiento nucleaba aproximadamente 300 familias, durante el 2003 recibiendo una cantidad similar de subsidios de distinto tipo: provinciales, nacionales y municipales, contaba también con escasas cuotas de mercadería para los comedores y copas de leche. La dinámica de distintos programas: Planes Bonaerenses, Jefes y Jefas (en mayor proporción) y Programa de Emergencia Laboral/Comunitario, atravesaba su estructura. En términos etéreos reobservaba una marcada heterogeneidad. No obstante, resultaba notoria la presencia de participantes de 18 a 30 años. Su intervención en las instancias colectivas contaba con el mismo peso que el otorgado a los miembros de mayor edad, las formas de acción básicas no eran definidas unilateralmente por los adultos y se evidenciaba un intercambio generacional que retroalimenta la dinámica grupal.

Entre los nuevos movimientos de carácter urbano con formas de construcción local, este MTD es uno de los casos donde se combinan métodos de protesta, trabajo de organización territorial y la generación de grupos de trabajo productivos/comunitarios, delineando el entramado de prácticas de participación con características peculiares. Prácticas que

conferían una vida muy activa al interior del movimiento. La distribución del temporal de la jornada, si bien formalmente estaba establecida por el ritmo de los grupos de trabajo - reglamentado en horarios y lugares donde se desarrollaban las tareas- se complementaba con los cortes de ruta y marchas, que otorgaban un elemento identitario constitutivo, e irrumpían frecuentemente la cotidianeidad.

Desocupados /piqueteros

Reconocemos esta experiencia de integración a una acción colectiva, como un itinerario que se entretije cotidianamente y que implica para los jóvenes habitar un nuevo espacio con dinámicas y propuestas novedosas. Trama que surge en confrontación a las condiciones históricas del barrio, a las cuales se sumaban las profundas transformaciones de deterioro. Fueron cambios que implicaron no solamente el detrimento de una condición material y social de existencia sino también, una tensión en las narrativas de futuro tal como podían ser pensadas en la matriz-cultural anterior, que en líneas generales aludía a una sociedad con cierto margen de movilidad social. En este sentido, amplios indicios dan cuenta de que estamos ante una estructura social cada vez más asimétrica a la hora de las posibilidades sociales y ocupacionales entre los distintos sectores sociales y esto atravesaba la experiencia palpable de los jóvenes adscriptos al movimiento.

A partir de los relatos la inclusión al colectivo estaba mediada por la falta de un trabajo y/o vivienda, y fundamentalmente orientada por la búsqueda de respuestas a las dificultades económicas del momento, desde allí la prioridad estaba en garantizar su subsistencia y la de sus familias. Había consenso en la descripción de un clima común de retroceso en las condiciones de vida en relación con el pasado. Al mismo tiempo prevalecía un reconocimiento de pertenencia a un sector poblacional desfavorecido históricamente tanto económica como socialmente. Pero, un eje que vertebraba claramente los discursos estaba asociado con el desmejoramiento de su situación cotidiana. Narrativa que coincidía con una definición temporal; el inicio de la debacle se establecía a partir de los primeros años de la década de los noventa. Conjuntamente la desocupación; el aumento de la violencia interna

en el barrio; la droga; el degradamiento del sistema de salud y de educación; todo se había acentuado a partir de entonces, alterando medularmente el entorno poblacional y su hábitat.

Haciendo un breve repaso de los rasgos distintivos sobre el conjunto de las trayectorias se destacaba que todos ellos eran residentes de la zona desde su infancia y formaban parte de núcleos familiares extendidos. Las trayectorias educativas daban cuenta de la finalización del ciclo primario en establecimientos públicos. En la mayoría de los casos, el pasaje por la escuela secundaria había sido interrumpido por diversas causas y sólo una de las jóvenes estudiaba en una universidad pública. No obstante, para todos ellos la educación adquiría una valoración altamente positiva manifiesta, en parte, en sus opiniones y actitudes con respecto a las trayectorias escolares de sus hermanos y/o hijos, así como también en sus deseos de continuar con algún tipo de estudio aún cuando no siempre estas expresiones eran sinónimo de una actividad próxima a concretar.

En todos los casos, a principios del 2003 hacía por lo menos un año que integraban el movimiento, contaban con un plan social y realizaban tareas en alguno de los grupos productivos/comunitarios. Una clave distintiva a la hora de repasar la dimensión de participación, estaba dada en que antes no habían incursionado en prácticas partidarias, tampoco sus historias referían a tradiciones de acciones colectivas de envergadura. La mayoría no reseña experiencias de participación y este dato era aún más notorio entre las mujeres. Quienes contaban con antecedentes de este tipo; relataban acotadas incursiones, en sindicatos, Iglesias e hinchadas de fútbol.

La forma de acercarse al movimiento estaba unánimemente precedida por redes familiares, vecinales, y/o sociales. Es decir, los vínculos relacionales constituían el vehículo directo para un primer acercamiento. Uno o varios integrantes de sus familias formaban también parte del movimiento, especialmente muchas madres se habían incluido. Este, elemento operaba como clave de aproximación e indicador fundamental a la hora de repensar el fuerte arraigo de la acción colectiva en dimensión cotidiana. Ninguno de los jóvenes que conformaban la muestra se correspondía a un hogar unipersonal e incluso los unidos compartían frecuentemente la casa de los padres. Estos últimos vínculos constituían parte del colectivo, que amalgamaba en su interior redes sociales preexistentes.

Se trataba de un escenario donde los lazos familiares y vecinales guardaban un peso significativo. Hecho que se traducía y expresaba en el seguimiento de las trayectorias de los jóvenes. La proximidad daba cuenta que las fronteras espaciales tendían a dilatarse, el barrio, las casas, y los galpones del MTD formaban en conjunto el territorio de acción. Aún con distintos gradientes en los discursos de los entrevistados, prevalecía cierto consenso: los espacios colectivos permitían un canal concreto de expresión. Las reconstrucciones en torno a su primer acercamiento y posterior inclusión referían a un impacto que habilitaba cambios en las historias personales.

“Y ¿qué opinabas antes de ingresar al MTD del MTD?”

Mirá que estaba atrás de casa y sabía que estaba el MTD pero mucho no me llamaba la atención. Hasta que ví una asamblea, hasta que escuchaba lo que decían, por qué la lucha y por qué esto... Después, bueno. Pero antes, me acuerdo que no del MTD sino en general, veía en la televisión gente que iba a la casa de gobierno a reclamar y decía: ¿Pero estas mujeres no tienen nada que hacer en la casa que ir a molestar al gobierno?.. Criticaba a la gente que reclamaba lo que era justo. En ese momento no lo veía porque era muy televisiva. Ahora, ya no. O sea: creía mucho en la televisión; en lo que veía.... Ahora lo veo diferente porque estoy dentro del movimiento”. (Ev.Nº2, mujer, 29 años).

La adscripción alimentaba un estilo de participación posible que excedía el marco de las reivindicaciones económicas, el participante ponía su condición de tal en acto, pudiendo -tras organizar expresión y disposición- comunicar el descontento en búsqueda de contacto con la sociedad global. Este pasaje, era reconocido como un trazado que establecía diferencias en la comprensión del entorno y del conflicto social, atribuyendo nuevas visiones y posibilidades de acción. En tanto, la adscripción remitía a un proceso de transformación, el ritmo y las peculiaridades que este adquiría estaban asociadas a variables propias de las historias biográficas, tan únicas como sus portadores.

Desde las consignas del movimiento, la presencia directa constituía un lema, que otorgaba sello de pertenencia y avalaba para la asignación de un plan social. El ritual de iniciación generalmente se consumaba con la asistencia a un “corte”, de allí que el “puesto” era ganancia de lucha.

Los jóvenes eran uno de los actores destacados a la hora de encolumnar los “cortes”, su presencia representaba una clave cultural pues sugería la forma que adquiriría la manifestación del descontento. La dinámica de conquista establecía un fuerte lazo dado por su propio acuerpamiento. Pero también, en los “cortes” la imagen compartida de una situación/ posición social particular se afianzaba, constituyéndose en un elemento de identificación entre pares y reafirmación de la propia existencia, combinando un sentido instrumental y simbólico. Sin embargo, el colectivo no se acotaba a las posibilidades de paliar la subsistencia. A la luz de los discursos, iba constituyendo algo más, se entendía como un plus simbólico que establecía el puente entre la reivindicación material concreta y la experiencia en términos de conformación de un espacio/tiempo común.

Claro está, no se trataba de una acción reivindicativa “por y hacia” la población joven, sino que compartían con otras generaciones una demanda que los involucraba directamente: la falta de “trabajo”. A pesar de que su pertenencia generacional -y sus experiencias vinculadas con instituciones (escuela/familiar/trabajo) en franca transformación durante su socialización- sugeriría un comportamiento diferencial al interior del colectivo, las distancias entre jóvenes y adultos se contrarrestaban en función de la situación misma de privación y de los fuertes vínculos parentales, en el marco de sociedades donde las rutas de ambos conviven en el territorio de la incerteza.

La adscripción al movimiento estaba dada por un referente identitario compartido: la figura del desocupado, sus miembros se reconocían como tales, compartían esta condición habilitante para la generación del movimiento y radical para el establecimiento de la lucha. El esfuerzo aparecía como el recurso central en la construcción de los espacios, y las acciones hallaban justificación en el compromiso de los integrantes. La amplia concurrencia de jóvenes de ambos sexos en el movimiento lejos de ser un mero dato

cuantitativamente importante era un aspecto cualitativamente significativo pues, nutrían e imprimían con su presencia la dinámica de la construcción en curso, y muchos de ellos ocupaban lugares centrales en la organización.

Intersecciones complejas, entre la participación y el trabajo:

La vida cotidiana al interior del MTD adquiría un ritmo intenso, las instancias de participación se distribuían a lo largo de toda la jornada; los grupos de trabajo en general se disponían por la mañana con un tiempo aproximado de cuatro horas de duración. La inclusión de cada participante se decidía mediante asambleas, la concurrencia a un grupo era un elemento fundamental para alimentar el vínculo de la adscripción y al mismo tiempo que obligatorio desde la estructura organizativa. Entre los jóvenes la rotación en las tareas, su flexibilidad, el recurrente pasaje por distintos grupos, la combinación entre distintos quehaceres eran rasgos habituales. Los trayectos parecían remitirnos a una dinámica asociada a actividades transitorias y este carácter reproducía, en parte, la inestabilidad recurrente de sus propios itinerarios laborales antecedentes.

Circunscribiéndonos a sus trayectorias laborales anteriores al ingreso al movimiento, es destacable que sus experiencias remitían casi unívocamente a condiciones de inestabilidad, precariedad y una inserción temprana al mundo del trabajo. Eran trayectorias, cruzadas por la franca decadencia de la historia laboral de la generación anterior: sus padres. Entretanto algunas biografías combinaban experiencias en empleos formales e informales, incluso trabajos como operarios de fábrica. Pero, sin dudas las changas habían sido la actividad más recurrente. Entre estos jóvenes un pasaje endeble y en general frustrante por el mundo del trabajo constituía el principal referente. Las jóvenes combinaban pasajes por trabajos domésticos con experiencias en el rubro de servicios como por ejemplo empresas de limpieza y en algunos casos trayectos como operarias de fábrica. Al igual que los varones ingresaron temprana e informalmente al mercado laboral, pero sus tránsitos aparecían interrumpidos por uniones conyugales y/o embarazos. En este sentido, resulta relevante destacar casi todas ellas tenían al menos un hijo y sólo una convivía en pareja.

Hacia mediados del 2003 ninguno de los entrevistados contaba con vínculos laborales de ningún tipo, no obstante, el espacio de los grupos no ofrecía una identificación plena con la idea de trabajo y la figura del trabajador, una tensión los atravesaba. Si bien estos jóvenes no contaban con trayectorias laborales fuertemente cimentadas en empleos formales, la noción del trabajo asociado a remuneración y cobertura de riesgos sociales no dejaba de estar presente como parte del horizonte de sus expectativas, traduciéndose en sus discursos. Al mismo tiempo, la dignidad como valor formaba un puente con la figura del trabajador en el esfuerzo personal por sustentar su supervivencia. Se reconocían en la herencia de la clase trabajadora y en términos generales remitían a extensos núcleos familiares donde los padres, a través de su inserción laboral, incluso precaria, eran los proveedores centrales del hogar; aún cuando la posición de subordinación en la estructura social no estaba ausente, la posibilidad de consumir formalmente una asociación entre trabajador-dignidad, trazaba una diferencia con el hoy.

La experiencia en el movimiento, habilitaba reflexionar sobre dimensiones vinculadas a las características propias del “trabajador” de antaño, pues ese “tipo” aludía a la formación de un perfil de trabajador, obediente con respecto a la escala piramidal, orientado en función del esfuerzo personal, a la luz de un proceso de disciplinamiento creador del espacio rutinario. En rigor, ese carácter orientador de la acción en el ámbito laboral, obviamente, no gobernaba la experiencia cotidiana de los jóvenes dentro del MTD, donde primaba el intento por acentuar las acciones colectivas en términos de “igualdades”. Desde allí la mixtura generacional era un intercambio “novedoso” y complemento fructífero, pero también limitado sobre todo por tratarse de emprendimientos productivos de corto alcance.

La tarea desempeñada en los grupos de trabajo adquiría valoración en relación a su aporte al movimiento, y sobre todo como una experiencia no disciplinaria y anti-jerárquica, ambos núcleos valuados positivamente. En torno a estos ejes se expresaban los puntos contrastantes con las formas de inclusión previas en el mercado laboral. Los relatos exponían y recreaban una forma de organización del proceso de trabajo entre pares, rasgo

que caracterizaba la constitución de los grupos y al mismo tiempo indicaba una tarea/mandato de “entender” el proceso como parte del nuevo espacio generado.

Sin embargo, las diferencias cobraban sentido debido al permanente contraste con el pasado. La ausencia del “patrón” como figura clave se expresaba en el conjunto, al tiempo que la separación en torno a la dirección, organización y ejecución del trabajo perdía peso. Así, la forma de organización piramidal en cuyo vértice se asentaba el dominio patronal se exponía en confrontación al espacio del movimiento. En este sentido, la desjerarquización y la escasez de disciplinas formales ubicaban a las actividades colectivas en el centro de la escena, como instancias notoriamente diferentes.

“¿Te sentís de la misma forma que cuando estabas en otro trabajo?”

No: mejor. Viendo que por ahí no produzco lo bien que tendría que producir; ni mucho ni nada. Pero nosotros hablamos y en la bloquera lo tenemos re conversado. La formación, la dimos nosotros solos: P., otro pibe que ahora no vino (P.), H., C., C. y yo. tenemos hablado que tenemos que entender esto: acá trabajamos sin patrón. Esto es distinto. Acá no tenemos patrón, nadie manda pero todos trabajamos. Eso lo tenemos que entender. Por ahí estamos laburando y paramos: pará ¿cómo seguimos?. Tenemos que charlar y decidirlo entre todos. Por ahí se hace más lento. Si no, hay uno que dice: esto se hace así. Nosotros no; tenemos que parar todos y decidir entre todos cómo se hace. Y eso, en la bloquera se lleva a la práctica.” (Ev. N°5, varón, 28 años).

Entonces, un hecho significativo, era el peso que adquirirían las trayectorias laborales previas para repensar su propia posición con respecto a los grupos productivos/comunitarios y al mismo tiempo proyectar formas diferentes de organización del proceso de producción y distribución de beneficios. La comparación entre experiencias laborales previas y la tarea en el movimiento funcionaba de manera tal que agregaba nuevos elementos a la hora de resignificar la figura del trabajador. La disciplina, la jerarquía, pero también la remuneración eran aspectos cualitativamente importantes en los relatos, sus complejas vinculaciones formaban parte de la tensión que los recorría.

La imagen de un trabajo remunerado establecía la diferenciación entre las posibilidades de un “trabajo genuino” y el “cobro de subsidios”. Mientras que la dinámica de los planes agregaba nuevas aristas en la relación con su imagen del trabajador y también con homónimos beneficiarios vinculados a la dinámica partidaria-clientelista. Las diferencias con respecto a la contraprestación laboral entre ambos se establecían a partir de las actividades productivas/comunitarias realizadas al interior del movimiento. La articulación entre los esfuerzos por la creación de un camino autónomo y el fomento de proyectos productivos, funcionaban como puntos que expresaban contraposiciones.

“No es un trabajo el MTD porque tener a las personas cumpliendo un horario por 150 pesos... Con 150 no hacen nada; no es un trabajo. Es algo que momentáneamente te sirve para comer un par de días y después te las tenés que seguir rebuscando. Los proyectos productivos enseñan a que la gente coma de lo que produce; no de los 150. Hoy en día no puede funcionar nada porque la gente se está cagando de hambre. Hasta los que tienen un buen trabajo; los sueldos son los mismos y los precios están dos veces más caros Así que los proyectos productivos están pero porque los compañeros le ponen mucho huevo, mucho pecho, mucha sangre. Si no, no existirían. Porque las ganancias que dejan son mínimas por el asunto de que la gente antes se podía dar el lujo de decir “bueno, esta gente que lo hace por amor, vamos a comprarle esto, vamos a comprarle aquello”. Ahora, buscan el precio más barato.” (Ev.Nº10, varón, 21 años).

Las prácticas de los jóvenes durante el 2003, constituían un estímulo incipiente para la reconfiguración de la figura del trabajador. Como veíamos, la vivencia concreta de un mundo de trabajo estructurado bajo la égida disciplinaria y jerárquica si bien difusa no resultaba totalmente desconocida para los entrevistados, y era en función de este trazado la experiencia de participación adquiría valor. Por otra parte, la oposición a una organización jerárquica era un eje que parecía dejar huellas en todas las instancias participativas, y en la conformación de grupos de trabajo, allí el aporte al movimiento era advertido como parte de su mundo de vida. Pero, la vinculación entre participación y trabajo se establecía y

traducía en términos de diferencias. Diversos testimonios remitían a un pasado que no les era totalmente propio pero al cual apelaban y reconstruían como trasfondo desde donde mirarse. Era a partir de la rememoración de ese andamiaje desde donde se perfilaban nuevas configuraciones entretejiendo dimensiones de las prácticas que constituían su presente durante el 2003. Implícitamente en sus contenidos se traslucía, una reinención inacabada como sujetos -productores- autónomos adscriptos al nuevo movimiento.

Las actividades que realizaban en el interior del movimiento estaban fundamentalmente asociadas a la participación en el marco de una acción colectiva, en función de un proyecto de cambio social a largo plazo. En este sentido, las distintas instancias de participación, desde integrarse en tareas productivas/comunitarias, hasta exponer su cuerpo en un corte, formaban el horizonte de la experiencia.

A modo de conclusión

En el contexto socio-histórico argentino de principios del siglo XXI cobraba forma la pregunta por las huellas producidas en el pasaje entre la situación de desocupación/marginación y acciones colectivas nacientes. A partir del desarrollo de esta investigación, sostenemos que el proceso por el cual los jóvenes van construyendo espacios sociales de acción en este movimiento, se viabilizó al calor de redes parentales y vecinales, inscriptas en el territorio barrial. Asimismo la cercanía espacial constituyó un elemento que permitió cotidianeidad y fuerte enraizamiento. De modo tal, la residencia se constituyó en una referencia para la conformación misma de la acción colectiva.

La adscripción de los jóvenes permaneció estrechamente vinculada la conexión misma con las redes familiares/vecinales. Por su parte la instalación de prácticas de carácter colectivo, resultaron innovadoras en tanto no hay, en ellos, una sólida tradición de acciones de este tipo. Por otra parte, el ingreso al movimiento se vinculó estrechamente con la búsqueda que estos jóvenes entablaron en pos de superar dificultades materiales y sociales. Problemáticas que si bien no son recientes se agudizaron notoriamente durante la década del noventa,

pues, las transformaciones en el mundo laboral afectaron severamente sus trayectorias como las de su entorno próximo.

Las particularidades constitutivas del MTD sumaron una cuota cautivante para su adscripción. La intervención directa no mediatizada por estructuras burocráticas, la conformación de una organización descentralizada y anti-jerárquica, constituyó uno de dichos rasgos peculiares. Los jóvenes y el incipiente movimiento fueron complementándose en la dinámica inaugurada con la acción colectiva. Vínculo que se retroalimentó en función de los espacios que ocupaban en la incipiente organización y la vitalidad que imprimieron con su presencia llevó la impronta de un estilo de vida que les es propio en tanto jóvenes de esta generación^{viii}

Consideramos que, las actividades en las distintas instancias del movimiento han provisto una fuente de insumo en la construcción de identidades individuales y colectivas; de este modo, el MTD de Lanús se constituyó en un espacio y canal de pertenencia en el cual generar un sentido de acción sobre un mundo incierto.

Asimismo, dentro del universo de producciones simbólicas, ahondamos en las imágenes construidas en torno al trabajo. En este sentido, reconocimos que por un lado, el trabajo permanecía fuertemente asociado al valor de la dignidad como esfuerzo por solventar la supervivencia. Por otro, el desarrollo de actividades de carácter colectivo anti-jerárquicas, conducía a una valuación positiva y estimulaba la apropiación de espacios al interior del movimiento, estableciendo un puente que animaba la adscripción.

Asimismo, la participación de los jóvenes en los grupos productivos/comunitarios adquiría rasgos particulares, la rotación en las tareas, el recurrente pasaje por distintos grupos, la combinación de quehaceres, expresaban una tendencia a la flexibilidad y a la adaptación constante. Pautas que guardan cierta similitud con pasajes previos de carácter inestable y precario por el mercado laboral.

Mientras que el estigma del “desocupado” se resignificaba positivamente a través de su intervención en acto, restaurando en parte la dignidad bajo su esfuerzo en la lucha, la remuneración trazaba diferencias a la hora de asimilarse plenamente con la figura del trabajador. Esa dimensión, fuente de su propia reproducción, continuaba permeando el horizonte de sus expectativas. Desde allí también se montaban las distinciones entre un trabajo genuino y el cobro de subsidios.

No obstante, tanto la participación como el trabajo seguían referidos a imágenes disímiles entre sí, que si bien encontraban vinculaciones, discurrían por carriles inconexos. Sin embargo, su adscripción al movimiento, así como los modos de participación agregaban nuevos elementos a la hora de reconfigurar imágenes en torno a ambos.

Bibliografía

Basualdo, E. (2000) Concentración y Centralización del capital en la Argentina durante la década del noventa. Buenos Aires: FLACSO/ Universidad Nacional de Quilmes.

De la Garza Toledo, E. (compilador) (2000): Reestructuración productiva, mercado de trabajo y sindicatos en América Latina, Buenos Aires: CLACSO.

Iñigo Carrera, N. y Cotarelo, M. (2000) La protesta social en los '90. Aproximación a una periodización; Pimsa, Documento de Trabajo N°27.

Jacinto, C. (1996) “Desempleo y transición educación-trabajo en jóvenes de bajos niveles educativos. De la problemática estructural a la construcción de trayectorias”. En Revista DIALOGICA, Buenos Aires: CEIL.

Jodelet, D. 1986 (1984) “La representación social: fenómenos, concepto y teoría” en Moscovici Serge en *Psicología Social*, Vol. II .Barcelona: Paidós.

Margulis, M.y Urresti, M.(1996) “La juventud es más que una palabra” en Margulis, Mario (ed.) La juventud es más que una palabra: ensayos cultura y juventud .Buenos Aires: Biblos.

Melucci, A. (1994) “Que hay de nuevo en los movimientos sociales”, en Enrique Laraña y Joseph Gusfieri (eds.), Los nuevos movimientos sociales. De la ideología a la identidad, Madrid: Centro de Investigaciones sociológicas.

Melucci, A. 1999 (2002) Acción colectiva, vida cotidiana y democracia., México: El Colegio de México, Centro de Estudios Sociológicos).

Offe, C. y Schmitter, P. (1995) “Las paradojas de la democracia liberal”, en Revista Internacional de Filosofía política, Buenos Aires N° 6.

Otero, A.(2003) “Representaciones y participación juvenil: el caso de los jóvenes del Movimiento de Trabajadores Desocupados de Lanús”. Informe Final Clacso-Asdi. <http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/becas/2002/mov/otero.pdf>

Rodríguez, E. (2004) “Políticas de juventud en América Latina: Aprendizajes y desafíos”. En Balardini, Sergio y Gerber Elisabet (comp.) Políticas de juventud en Latinoamérica. FLACSO/Friedrich Ebert Stiftung.

Sandoval, M. (2000) “La relación entre los cambios culturales de fines de siglo y la participación política de los jóvenes” en Balardini, Sergio (compilador) La participación social y política de los jóvenes en el horizonte del nuevo siglo. Buenos Aires: Colección grupos de trabajo CLACSO.

Sidicaro, R. y Tenti Fanfani, E. (comps.) (1998) La Argentina de los jóvenes. Entre la indiferencia y la indignación. Buenos Aires: UNICEF/LOSADA.

Serna, L. (1998) "Globalización y participación juvenil: En búsqueda de elementos para la reflexión" en JOVENes (México), Vol.1 , N°5.

Serna, L. (2000) "La organizaciones juveniles. De los movimientos a la autogestión", en JOVENes (México), Vol.IV, N°11.

Schuster, F.(2001): La trama de la crisis informe de coyuntura. Modos y formas de protesta social a partir de los acontecimientos de diciembre de 2001. Informes de coyuntura N°3, Instituto de Investigaciones Gino Germani.

Svampa, M.y Pereyra S.(2003) Entre la ruta y el barrio: la experiencia de las organizaciones piqueteras. Buenos Aires: Biblos.

Zibechi, Raúl (1997) La revuelta juvenil de los 90'.Las redes sociales en la gestación de una cultura alternativa. Montevideo: Editorial Norman-Comunidad.

Zibechi, Raúl (2003) Genealogía de la revuelta. Argentina, la sociedad en movimiento. Buenos Aires: Letra Libre.

Notas

ⁱ Utilizamos el concepto retomando la perspectiva de Jodelet, para quien la elaboración de representaciones sociales, son en sí mismas "modalidades de pensamiento práctico" que median y orientan tanto la comprensión como el dominio del entorno social. Al tiempo que el carácter de sus contenidos permanece vinculado a los contextos y condiciones en que se construyen. Así como, a las comunicaciones a través de las que circulan y a las funciones que sirven en las interacciones con el mundo social. (1986: 474).

ⁱⁱ En este artículo, partimos lo que denominamos como juventud, tiene en principio una base material anclada en la edad como posesión de un capital temporal (plus), *moratoria vital* en términos de Margulis y Urresti, (1996:24) facticidad del tiempo que los aleja de la muerte, diferenciándolos. Sumado a este elemento, ampliamos nuestro enfoque a partir del concepto de generación, que refiere al hecho de ser socializados bajo los parámetros de una misma época. A efectos de este análisis, se reconoce a la juventud como la población comprendida entre los 19 y 29 años de edad. Características distintivas, a las cuales sobrevendrán luego

diferencias sociales y culturales propias de la posición-situación, que sectorializan el modo de transcurrir por esa y cada una de las etapas de la vida.

ⁱⁱⁱ Como parte de este proceso de ascenso de la conflictividad social surgen las principales organizaciones de desocupados en el territorio argentino. Durante el 2003 entre las mismas convivían diversas líneas de acción: Corriente Clasista y Combativa (CCC), la Federación Tierra y Vivienda (FTV), los agrupamientos de la Coordinadora de Trabajadores Desocupados Aníbal Verón (MTD y CTD), el Movimiento Teresa Rodríguez (MTR), el Polo Obrero (PO), Barrios de Pie, el Movimiento Territorial de Liberación (MTL) y, ciertas líneas del Movimiento Independiente de Jubilados y Desocupados (MIJD).

^{iv} Siguiendo a Offe y Schmitter (1995), entendemos que el contenido de esta problemática se expresa en la paradójica relación inherente al capitalismo-democracia. Con respecto a esta controvertida relación Democracia-Capitalismo, la propuesta de Offe, y Schmitter, (1995), nos parece acertada en tanto señala el carácter estructural de esta problemática, y enfatiza la prioridad que deben afrontar las sociedades Latinoamericanas a fin de resolverlos problemas extrínsecos acuciantes.

^v En relación a ello Iñigo Carrera, N. y Cotarelo, M. (2000) señalan que los cortes de ruta no son una forma novedosa de lucha en la Argentina, ya que se los puede encontrar por lo menos desde la década del 10^o protagonizados sobre todo por pequeños productores rurales y otras fracciones de la pequeña burguesía. No obstante, aparecen adquiriendo una nueva fisonomía desde 1996 por su difusión social y por los rasgos de democracia directa o asambleas populares que algunos, de ellos, tomaron

^{vi} “El movimiento piquetero, en tanto “movimiento de movimientos” reconoce dos afluentes fundamentales: por un lado, reenvía a las acciones disruptivas, evanescentes y por momentos unificadoras, de los piquetes y puebladas del interior, resultado de una nueva experiencia social comunitaria vinculada al colapso de las economías regionales y a la privatización acelerada de las empresas del estado realizada en los ‘90; por otro lado, remite a la acción territorial y organizativa gestada en el Conurbano Bonaerense y ligada a las lentas y profundas transformaciones del mundo popular, producto de un proceso de desindustrialización y empobrecimiento creciente de la sociedad Argentina que arrancó en la década de los 70” (Svampa y Pereyra, 2003:17).

^{vii} Durante el 2003 periodo de realización del trabajo de campo de la investigación el MTD de Lanús, formaba parte del Movimiento de Trabajadores Desocupados Aníbal Verón compuesto por MTDs de Buenos Aires y el interior: MTD Solano, Darío Santillán de Almirante Brown, Florencio Varela, Guernica, Quilmes, Esteban Echeverría, Oscar Barrios de J.C.Paz, Berisso, Lugano, San Telmo, Parque Patricios, 23 de julio Allen Río Negro, Darío Santillán de Cipolletti. A pesar de mantener cada uno su autonomía el nucleamiento permite una instancia de coordinación de líneas de acción. El nombre Aníbal Verón reivindica la figura de un desempleado -ex chofer de colectivos- que moría a causa de la represión policial en Tartagal, el sábado 11 de noviembre del 2000, en un corte de ruta. Hoy su denominación ha cambiado y es reconocido como Frente Darío Santillán.

^{viii} Analizando la genealogía de movimientos de protesta en Argentina de los noventa que incluye los MTDs de la Zona Sur, Raul Zibechi realiza un aporte central sobre este vínculo. “Para los jóvenes que actuaban en

esos colectivos la lucha por el cambio no deviene de un programa o de una ideología sino que surgía de forma “casi natural” de la vida cotidiana de sus miembros; por eso la forma que adopta la organización esta en consonancia con la vida diaria: será flexible, deberá satisfacer las necesidades de individuos que no separan el tiempo de trabajo del de ocio, será por lo tanto provisional y adaptable al nomadismo de los sectores juveniles que la integran, deberá ser horizontal y respetar los tiempos de cada uno. En suma, los movimientos nos hablan a través de una acción inseparable de la vida cotidiana.” Zibechi, (2003:104).

Para citar este artículo:

Otero, Analía Elisabeth (18-03-2010). JÓVENES DESOCUPADOS/PIQUETEROS: NUEVAS EXPERIENCIAS DE PARTICIPACIÓN EN LA ARGENTINA DEL SIGLO XXI.

HOLOGRAMÁTICA - Facultad de Ciencias Sociales UNLZ

Año VII, Número 12, V1, pp.113-138

ISSN 1668-5024

URL del Documento : <http://www.cienciared.com.ar/ra/doc.php?n=1203>